

LA CÁRCEL DE LOS SENTIMIENTOS

Miguel Ángel SANTOS GUERRA. Universidad de Málaga

El autor aboga por la necesidad de reformular una de las metas que la escuela debe plantearse: dejar de soslayar la esfera de lo afectivo y apostar decididamente por la Educación Sentimental.

La escuela es el reino de lo cognitivo. Cuando alguien llega, mientras está y al irse se le pregunta de forma insistente, casi obsesiva: ¿Tú que sabes?, ¿tú qué piensas? Pocas veces se hace otro tipo de preguntas al que aprende: ¿Tú que sientes?, ¿cómo estás? Lo mismo habría de decirse del profesorado. Se le examina de lo que sabe y de lo que sabe hacer, pero no de los sentimientos que le animan. Se diría que unos son considerados máquinas de aprender y otros máquinas de enseñar. Maquinaria sin corazón.

Existen diversos tipos de patologías de los sentimientos en la escuela: se considera que la esfera sentimental (casi siempre invisible) tiene escasa importancia, no se tienen en cuenta las repercusiones emocionales del éxito y del fracaso, se discrimina por el género calificando a las mujeres sensibles de histéricas y a los hombres tiernos de afeminados, se hipertrofia la vivencia del dolor y de la disciplina como instrumento pedagógico (quien bien te quiere te hará llorar, la letra con sangre entra -no se piensa en la del maestro, claro está-, una escuela difícil lleva a una vida fácil...), no se tiene como meta la felicidad, se ignora la ternura, se silencia la sexualidad...

«En el colegio se aprende historia, geografía, matemáticas, lengua, geometría... Pero, ¿qué se aprende con respecto a la afectividad? Nada, absolutamente nada sobre cómo intervenir cuando se desencadena un conflicto. Absolutamente nada sobre el duelo, el control del miedo o la expresión de la cólera», dice Filliozat en el excelente libro «El corazón tiene sus razones».



En 1978, Alexander Neill, creador de la famosa escuela de Summerhill escribió un libro al que puso un título verdaderamente significativo: «Corazones, no sólo cabezas en la escuela». En 1980, inspirándome en esa obra, escribí un artículo titulado «La cárcel de los sentimientos». Me preguntaba entonces si se podría considerar a la escuela una cárcel de los sentimientos de las personas. Sentimientos silenciados, encerrados, aherrojados, castigados, sin posibilidad de expansión. ¿No será la educación sentimental, me preguntaba, una forma excelente de prevenir el maltrato, la violencia, la intransigencia y la crueldad?

Sería deseable que la escuela fuera también el reino de lo afectivo. En primer lugar porque estamos hechos de sentimientos y de emociones, no sólo de conceptos e ideas. Y en esa esfera radica el mundo de nuestra felicidad. La educación sentimental es imprescindible para el desarrollo integral del ser humano. En segundo lugar porque para que haya un aprendizaje significativo y relevante, hace falta una disposición positiva hacia el mismo. Las teorías constructivistas del aprendizaje lo explicitan con rotundidad. Nadie aprende si no quiere. En tercer lugar, porque las personas estamos y vamos a estar en convivencia constante tanto dentro de la escuela como fuera de ella. Somos seres en relación.

Las modernas teorías de la inteligencia nos vienen a decir que no se puede considerar inteligente a una persona porque resuelva problemas abstractos aunque no sepa vivir felizmente. Queda ya muy lejano el test de inteligencia de Binet Simon (quien, por cierto, definió la inteligencia como «aquello que mide mi test»).

La definición de Cociente Intelectual de William Stern ha quedado también desfasada, después de generar etiquetaciones tan arbitrarias como dañinas. Howard Gardner publica en 1983 «Frames of mind» planteando la idea de las inteligencias múltiples. En 1966 define Daniel Coleman la idea de inteligencia emocional.

«Sería deseable que la escuela fuera también el reino de lo afectivo. En primer lugar porque estamos hechos de sentimientos y de emociones, no sólo de conceptos e ideas»



Dice que «inteligencia emocional es la capacidad de reconocer los propios sentimientos, los sentimientos de los demás, motivarnos y manejar adecuadamente las relaciones que sostenemos con los demás y con nosotros mismos». Por eso habla José Antonio Marina de la inteligencia fracasada. Es aquella que nos lleva a ser estúpidos, es decir, más desgraciados, más injustos. Aunque sepamos muchas cosas.

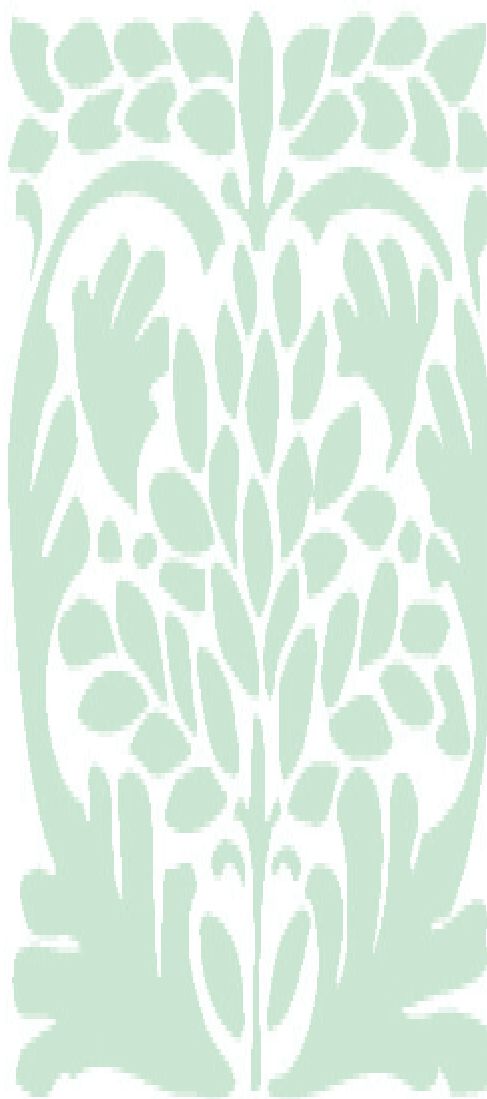
La educación sentimental nos ayudará a reconocernos y a respetarnos como seres sexuados, a relacionarnos con los otros con respeto y solidaridad, a entender que no existe una única forma de vivir la sexualidad, a no identificar sexualidad con genitalidad, ni con matrimonio, ni con heterosexualidad, ni con coito, ni con reproducción... La sexualidad es un lenguaje de altísimas connotaciones que nos ayuda a ser nosotros mismos y a relacionarnos con los otros de forma respetuosa y a la vez placentera.

De sobra es sabido, por otra parte, que los alumnos aprenden de aquellos profesores a los que aman y que, sin afecto, resulta más difícil aprender y convivir. Lo decía el pedagogo francés Alain con claridad y contundencia: «Pero, ¿cómo le voy a enseñar algo importante a este niño, si no me quiere?».

La escuela no ha de estar sola en la educación sentimental. ¿Cómo no pensar en lo decisiva que resulta la influencia familiar? A los niños les llenamos de cosas, pero les negamos lo que más necesitan: ternura, compañía y afecto.

No sé quién me ha hecho llegar un texto emocionante de un niño que solicita ser objeto de atención y afecto mediante una plegaria sentida:

«Señor hoy te pido algo especial: convertirme en un televisor. Quisiera ocupar su lugar. Quisiera vivir lo que vive la tele de mi casa.



Es decir, tener un cuarto especial para mí y reunir a todos los miembros de mi familia a mi alrededor. Quisiera ser tomado en serio cuando hablo. Convertirme en el centro de atención al que todos quieran escuchar sin interrumpirme ni cuestionarme. Quisiera sentir el cuidado especial que recibe la tele cuando algo no funciona. Y tener la compañía de mi papá cuando llega a casa, aunque esté cansado del trabajo. Y que mi mamá me busque cuando esté sola y aburrida en lugar de ignorarme. Y que mis hermanos se peleen por estar conmigo... Y que pueda divertirlos a todos, aunque a veces no les diga nada. Quisiera vivir la sensación de que lo dejen todo por estar unos momentos a mi lado. Señor, no te pido mucho. Sólo vivir lo que vive cualquier televisor». Casi nada.

Lo recuerdo con una nitidez inusual. Un hecho concreto, minúsculo, pero muy significativo. Hace ya de esto muchos años. Tendría yo entonces cinco o seis. Viajaba en un tren expreso nocturno La Coruña-Madrid en compañía de mi padre. Era pleno invierno. Por lo que oía decir hacía muchísimo frío. Se había averiado la calefacción del tren. Recuerdo aquella sensación como algo maravilloso. Mi padre me tapó con una manta, me colocó tendido en el asiento de aquel compartimento, me arropó y con el traqueteo del tren como nana, me fui quedando dormido. Mientras lo hacía podía escuchar las expresiones relativas al intenso frío, al frío insoportable.

Sentí, además del calor, la seguridad de estar protegido por alguien que evitaría cualquier peligro, cualquier amenaza. Podía dormir tranquilo. Alguien, para mí todopoderoso, velaba mi sueño desde el asiento de enfrente. Qué paz, qué seguridad, qué calor privilegiado en medio

de aquel ambiente gélido, en medio de tantos peligros nocturnos.

En la hermosa ciudad argentina de Ushuaia, la más austral de la tierra, circula un tren maravilloso que se llama «El tren del fin del mundo». En la ciudad de Jujuy, también argentina, funciona otro tren que, por la altura a la que circula, se llama «El tren de las nubes». Aquel correo La Coruña-Madrid era para mí el tren del fin del mundo, era también el tren de las nubes. En aquel tren podía ir hasta donde fuera. Yo me sentía a salvo, a gusto y feliz.

Los niños de hoy tienen muchas más cosas que los de nuestra generación. Lo podemos comprobar en las fechas navideñas. Muchos niños de hoy tienen de todo. Y sería terrible que les faltara lo esencial. Las muestras cercanas y constantes que conlleva la presencia amorosa de los seres queridos.

EL TREN DEL FIN DEL MUNDO

Esa presencia que entraña protección, seguridad y afecto. La presión del trabajo del padre y de la madre, el ajetreo de las ocupaciones, la prisa y las exigencias de la vida social, las demandas prematuras y obsesivas de formación, dejan poco tiempo para compartir con los hijos y las hijas. Nos afanamos por su bien, decimos, pero les hacemos daño con la ausencia y la falta de contacto. Ellos y ellas no quieren muchos ceros en la cuenta corriente, quieren el círculo emocional de un abrazo sentido y prolongado. Ellas y ellos no necesitan muchos metros cuadrados de casa lo que precisan es el refugio estrecho de la ternura.

He leído con detenimiento el libro de Ferrucci «La fuerza de la bondad». La tesis que sostiene el autor en este libro es que las personas bondadosas viven más tiempo, tienen más éxito en sus vidas y son más felices que el resto. En otras palabras -dice- «están

destinadas a vivir de una manera mucho más interesante y satisfactoria que quienes carecen de esa cualidad». Las personas bondadosas, por pura lógica, hacen también más felices a los demás. Cuenta el autor en uno de los capítulos del libro, titulado «Calor humano», que una amiga suya llamada Dorotea oye llorar a la niña pequeña de sus vecinos en la habitación contigua a la suya. Los padres la acuestan sola en la oscuridad. La niña llora durante largo rato, mientras los padres ven la TV. El llanto desesperado de la niña expresa angustia y soledad. Dorotea piensa que si habla con los padres quizá contribuya a empeorar la situación. Decide cantar para que la niña se duerma. Al igual que ella oye a la niña llorar, ésta puede oírla a ella.

La educación sentimental no tiene como destinatarios solamente a los alumnos y las alumnas. También afecta al profesorado. La tarea docente está asentada en la comunicación interpersonal.

Resulta decisivo establecer relaciones positivas y satisfactorias. No es igual arrastrar la tarea que disfrutarla. No es igual soportar a las personas que quererlas. No es igual vivirse a sí mismo con buena autoestima que despreciarse por lo que se es y por lo que se hace. La cuestión es caminar hacia la felicidad a través del respeto hacia nosotros mismos y hacia los demás.

Imprescindible tarea la de educar los afectos. Porque, como dice Filliozat: «Una persona que ama, pero que carece de coraje, es una dependiente. Una persona que lucha, pero que carece de compasión, es una justiciera, sin más. Una persona que tiene sentido del humor, pero que carece de compasión, es una cínica. Una persona que ama pero que carece de sentido del humor es una presa fácil de la desesperación».

Miguel Ángel Santos Guerra ha ejercido la docencia en los diferentes tramos educativos, tanto universitarios como no universitarios. En la actualidad pertenece al Departamento de Didáctica y Organización Escolar de la Universidad de Málaga. Sus trabajos se centran fundamentalmente en tres campos: Organización Escolar, Evaluación y Formación del Profesorado. Ha escrito numerosos libros, entre ellos Hacer visible lo cotidiano. Teoría y práctica de la evaluación cualitativa de Centros Escolares, La evaluación: un proceso de diálogo, comprensión y mejora, Entre bastidores: El lado oculto de la organización escolar y la luz del prisma: Para comprender las organizaciones educativas. Además es autor de diversos artículos sobre temas educativos en prensa diaria y especializada (Sur de Málaga, Kirikiki, Cuadernos de Pedagogía, Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado...)



Cada noche, cuando los padres acuestan a la ni?, Dorotea le canta unas dulces nanas, le habla a trav? de los delgados tabiques, la tranquiliza y consuela. La peque? escucha la voz invisible pero amiga, deja de llorar y se duerme pl?cidamente. El calor de la voz de la extra? la ha salvado de su g?lida soledad.

En el tren de la vida hace fr? porque el sistema de calefacci? que son las relaciones humanas no funciona, porque el contacto entre las personas (철?arnefacci?? me gusta decir) permanece averiado por el ego?mo, la intemperancia, la crueldad, los intereses, la envidia, el rencor o la indiferencia. Las ventanas del tren est? abiertas haciendo posible que penetre en los compartimentos el fr? de un ambiente dominado por el individualismo exacerbado, la competitividad cruel y la obsesi? por la eficacia. Por la dureza y la crueldad. 꿩?de se ha ido la ternura, el sosiego, el calor humano?

Los ni?s viajan, a veces solos, a veces mal acompa?dos por padres y madres que mantienen una entretenida tertulia con amigos tomando una cerveza en la cafeter? del tren, que leen ensimismados, que duermen agotados por el extenuante trabajo o que contemplan distra?dos el paisaje a trav? de la ventanilla.

Tenemos ante nosotros a? una oportunidad para pensar en lo que necesitan y en lo que les damos a nuestros ni?s. Aplastados por monta?s de juguetes los ni?s y las ni?s se sienten solos y oprimidos, cada vez m? alejados de la caricia. Saturados de cosas, deslumbrados por las luces, entretenidos con la televisi? pero ateridos por el fr? de la soledad y del abandono. La ternura no es s?o un quehacer de estas fechas, sino de cada d?, de siempre. 철?oujours? dicen los franceses, que es la forma m? hermosa de decir siempre.

En una f?ula de Esopo, el viento y el sol hacen una apuesta para

ver qui? consigue que un viajero se desnude antes. El viento empieza a soplar, pero el viajero no se desnuda. El viento sopla m? fuerte. El viajero no s?o no se despoja de sus ropas sino que se arrebujaba en ellas. El viento se pone a soplar con todas sus fuerzas, como un hurac?, como un tornado. En lugar de desnudarse el viajero se abriga m?. Es el turno del sol, que aparece y comienza a brillar. El viento cesa. Hace calor. Cada vez m? calor. El viajero comienza a sudar y se desnuda. Ha ganado el sol, no por medio de la fuerza sino del calor. Creo que el term?metro moral de una sociedad es el trato que dispensa a los ni?s. Nunca podr? explicarme casos como el de la ni? del alf?zar. Los bomberos rescataron de una ventana situada en el segundo piso de un edificio a una ni? que estaba sentada en el alf?zar con las persianas bajadas a sus

espaldas. Cualquier movimiento hacia adelante hubiera ocasionado su muerte. 꿩?or qu?estaba all? sola, expuesta al fr?, al borde del abismo? 꿩?ui? la hab? dejado all? Una sociedad que tiene colocados a sus ni?s en el alf?zar de las ventanas es una sociedad indigna y cruel.

El tren en el que viajan ni?s solos y abandonados es un tren que circula hacia la tristeza, la desesperanza y la destrucci?. Maldita la hora en que llamamos a los ni?s para hacer este viaje. La felicidad infantil se construye con cuatro 철?es? t de ternura, t de tiempo, t de tranquilidad, y t de tutela. Bendito tren en el que viajan los ni?s acompa?dos hacia la madurez y la libertad. El tren de las nubes de la felicidad. El tren del fin del mundo. Hasta all?de lejos se puede viajar en ?.